
UTILIDAD
DE
LA PROPAGANDA LIBRE-CAMBISTA

EN ESPAÑA,

POR

D. Emilio Castelar.

Señores:

Hablo esta noche entre amigos y usaré el tono y el lenguaje que cumple á una sociedad de amigos. Lo confieso sin ningun género de hábil y afectada modestia : no tengo las noticias, los datos necesarios, indispensables para tratar estas cuestiones de Economía política en la esfera de la experiencia. Yo no he estudiado la cuestion, yo no estoy á la altura de la ciencia, y no me es dado terciar con esperanzas de triunfo en el duelo á muerte empeñado entre la escuela proteccionista y la escuela libre-cambista, duelo en que de una y otra parte veo tan valerosos como esclarecidos combatientes. La consideracion de los grandes problemas religiosos y filosóficos, que son como el eterno alimento del espíritu, ha embargado mi mente todo el año. Cuando habia terminado esta empresa y creí tener espacio para consagrarme al estudio de los problemas económicos, la causa de la libertad de pensamiento que defiendo, y el reclamo de la amistad, que no es posible desoir nunca á los que se precian de no tener en vano el corazon en el pecho, me llamaron á Zaragoza, y héme aquí esta noche, turbado, confuso, inseguro de mí mismo, segu-

ro sólo de la benevolencia del público. Siempre que he hablado he intentado, aunque no lo haya conseguido, conocer la cuestión de que hablaba. Es sentir mío que no basta una palabra fácil para tratar todas las cuestiones, porque una palabra fácil es vulgar y corriente en estos países meridionales, donde la fantasía suple muchas veces á la inteligencia y la inspiración al raciocinio, y que se necesita conocer las cuestiones de que se habla en todos sus aspectos, porque sólo así obedece el labio á la mente, y la palabra á la idea.

¿Qué he de decir yo, pues, que sea digno de mi auditorio, y digno también de la alteza del asunto? Nada. Voy á cerrar unas conferencias en que han tomado parte muchos de los oradores con que se honra nuestra patria, desde aquel que despertó la idea de libertad en el ánimo de nuestros padres, con su palabra, verdadero milagro de la naturaleza, con su palabra, que no ha tenido precedente en lo pasado, que no tendrá reflejos en lo porvenir, que no tiene rival en lo presente; desde aquel egregio orador sin par hasta los jóvenes elocuentísimos y sapientísimos en que pone la patria sus más fundadas esperanzas. ¿Qué he de decir yo, cuando unos han inaugurado estas lecciones con tan asombrosa elocuencia, y otros han hablado de los fundamentos filosóficos del libre-cambio, de su historia, de sus relaciones con la sociedad, de los grandes problemas que resuelve, y todos, absolutamente todos, han lucido asombrosa erudición económica, tratando el agotado tema ora en la esfera de la filosofía, ora en la menos elevada pero más positiva de la estadística? Yo sólo sé decir una cosa: sólo sé decir que cuando oigo hablar á la escuela proteccionista de privilegios económicos y á la escuela libre-cambista de derechos y de igualdad económica, creo que la escuela proteccionista es una de las sombras de la noche que á más andar se va, y la escuela libre-cambista uno de los albores del nuevo día que asoma por el Oriente. (*Aplausos.*)

Y hé aquí explicada mi posición. He oído en esta contienda un rumor en que sólo distinguía claramente la palabra libertad, y como donde quiera que se defiende la libertad allí estoy yo, no he dudado un punto en aceptar el puesto honrosísimo, inmerecido, que la escuela libre-cambista me ha designado, pues la

causa de la libertad es mi propia causa. (*Bien, bien.*) No me he parado á considerar si algunos la desconocen por desgracia en sus fundamentos, si otros la niegan en sus lógicas consecuencias, si hay quien la haya abandonado en la hora suprema en que más necesitaba de su auxilio; me basta saber que defienden la libertad en una esfera para que esté en esa esfera con ellos, aunque yo la quiero íntegra, completa, y yo creo que las diversas libertades son como los rayos del sol, como los matices de la luz. (*Bien, bien.*) Pero á nosotros, juventud destinada á realizár la libertad en toda su plenitud, sólo nos toca felicitarnos al ver que hombres venidos de tan diversos puntos, con tan distintos precedentes, se reúnen, se congregan todos con igual entusiasmo para rendir acatamiento á esta causa de la libertad, ilustrada por todos los grandes pensadores, defendida por todos los grandes héroes, santificada por todos los grandes mártires, eterno anhelo del espíritu humano en su camino al través de la naturaleza y de la sociedad, eterna aspiracion que revelan todas las páginas de la historia.

Señores: ¡qué gran principio el principio de libertad! El hombre que por su organizacion se confunde con la naturaleza, y por su inteligencia con lo infinito, por su libertad es un sér en sí, por su libertad se distingue de todos los séres, por su libertad se levanta del mundo de los efectos, y es causa á semejanza de Dios; y así puede decirse que sin libertad no hay sentimiento, sin libertad el trabajo es menos que el instinto del bruto ó el movimiento de la máquina, sin libertad no hay ciencia, sin libertad los pueblos se envilecen, sin libertad ni las leyes, ni los códigos, ni los tribunales, ni las religiones tienen razon alguna de existir: que la libertad es la ley primera de nuestro espíritu, la esencia misteriosa de nuestra vida. (*Aplausos.*) Decia un escritor que los liberales al oír la palabra libertad nos enfurecemos como el toro al ver una capa roja; yo de mí sé decir que cuando veo el estado á que ha venido la libertad en nuestros días, siento gran tristeza en el alma, sí, en el alma, que ansía volar por más dilatados espacios como el ave prisionera, al ver la luz, el aire y el cielo, extiende sus alas y las ensangrienta y las troncha en los hierros de su cárcel.

En medio de la divergencia de opiniones hay puntos en que

todos estamos acordes, todos, sin excepcion de escuelas ni partidos. Los puntos en que todos estamos acordes son: primero, que no puede haber religion verdadera si no nace del espíritu de la conciencia, pues lo contrario es hipocresía; segundo, que no puede haber verdadera ciencia si no la dicta la propia conviccion, el propio criterio; tercero, que no puede haber pueblos si no se pertenecen á sí mismos; cuarto, que no puede haber trabajo productivo si no es libre el trabajo. Veo una sonrisa en vuestros labios que me acusa de cándido y confiado, si no de iluso, cuando soy osado á creer que todos quieren la libertad, teniendo la libertad tantos enemigos. ¿Lo dudais? Vamos á la prueba. Preguntad al más intolerante neo-católico, si mañana subiera un Enrique VIII al trono de España y cambiara la religion católica, que es la religion del Estado, por la religion protestante, preguntadle si obedecería á Enrique VIII. No, diría al momento: el César podría mandar en mi cuerpo, podría atenecear mis carnes; pero no podría mandar en mi espíritu, no podría atenecear mi conciencia. Luego la conciencia es libre. Preguntadle si mañana, su gran pesadilla, la sombra de su conciencia, la escuela de Krause, por ejemplo, fundara una inquisicion para quemar á todos los que de grado ó fuerza no creyeran en sus armonías filosóficas, preguntadle si por eso desobedecería su propio criterio. No, os dirá: achicharrarian mis carnes, calcinarían mis huesos, consumirían mi sangre; pero de mis propias cenizas se alzaría para perseguirlos y atormentarlos el reflejo inextinguible de mi pensamiento. Luego el pensamiento es libre. Preguntadle si querría que unos nuevos tratados de 1815 redujeran nuestra patria á la condicion de Polonia ó de Venecia. Y os diría que no, y os hablaría de Sagunto y de Numancia y de los sagrados muros de Zaragoza y de Gerona. (*Bien, bien.*) Luego los pueblos son libres. Preguntadle si quiere la esclavitud para sí, que no otra cosa es el trabajo forzado, y os dirá que quiere la inviolable propiedad de su trabajo. Luego el trabajo es libre. Los que combaten las persecuciones religiosas cuando el perseguidor se llama Isabel de Inglaterra; los que condenan las hogueras cuando las atiza Calvino; los que maldicen las conquistas cuando el conquistador es Napoleon; los que abominan del verdugo cuando el verdugo es Marat; los que condenan la

servidumbre cuando les cae sobre los hombros la cadena, quieren por interés y por egoísmo lo que nosotros queremos por convicción y por conciencia: la libertad de todos, que es la justicia para todos. (*Bien, bien.*)

Creo que no me tendreis ahora por tan iluso y cándido si repito que, ya movidos de interés, ya de convencimiento, amamos todos la libertad. ¿Por qué sucede así? Sucede así porque la idea del derecho se impone fatal, necesariamente á la conciencia humana. Uno de los más combatidos filósofos modernos respondia en cierta ocasion á los que le motejaban de ateo: ¿cómo he de negar á Dios, cuando la idea de Dios se impone como una categoría necesaria á mi inteligencia? Eso mismo digo yo á los enemigos del derecho. Inútilmente huireis de la noción del derecho, porque cuando sacudais las preocupaciones que á manera de gruesas nubes se amontonan en vuestra mente, la encontrareis allí como el sol de la conciencia y de la vida. Si no es dable creer que la naturaleza deje de tener una ley, no es dable creer que deje de tener una ley el espíritu. Esta ley es el derecho. Y el derecho es como la mecánica, como la dinámica del alma. En verdad la idea del derecho no ha sido siempre igualmente clara en la conciencia humana. Pero á la evolucion de esa idea en la conciencia ha seguido una evolucion igual de todas las leyes sociales. Atended, señores, un momento, y vereis cómo se espiritualiza la idea del derecho á medida que progresa la sociedad. Viene la gran catástrofe de Roma, y sobre sus ruinas se asientan los bárbaros. El espíritu de la sociedad antigua adolece y muere. La sociedad ha vuelto á su infancia. La primer facultad que en el niño se despierta es el sentimiento. Y lo mismo sucede en los pueblos niños, porque el pueblo es como un hombre mayor sujeto á las mismas leyes que el hombre. Una de las formas de la sensibilidad es el espacio. Pues bien, los pueblos bárbaros pondrán el derecho en el espacio. De aquí el feudalismo, de aquí la organizacion social de la Edad media. El que posee mucha tierra posee muchos derechos. La misma forma municipal obedece á esta ley. En el espacio en que se levantan ciertas ciudades, hay derechos casi democráticos; fuera de aquellos límites comienza á extenderse la sombra del privilegio. La primer ley de la sensibilidad, el espacio, es la fuente del de-

recho feudal. Mas de aquí provenia la division de las fuerzas, la division de las clases, en una palabra, la guerra continua y el fraccionamiento de aquella sociedad. Precisaba dar á la sociedad de esta suerte dislocada, la unidad. Para esto los jurisconsultos, los revolucionarios de la Edad media, crearon con los ojos puestos en los códigos romanos, en los códigos de la unidad, la teoría del derecho divino. ¿En qué se fundaba principalmente el derecho divino? En la tradicion, en el tiempo, en una ley más espiritual, más subjetiva de la sensibilidad. Pero los pueblos inmóviles se corrompian y degradaban en esta unidad puesta sobre la muerte de su voluntad y de su conciencia. Entonces amaneció una nueva idea del derecho, entonces se dijo que el derecho estaba en la voluntad. Esta idea creó el dogma de la soberanía popular. Mas la soberanía popular era un dogma incompleto, puesto que no abrazaba toda la vida, todo el espíritu: que el hombre no es sólo voluntad. Y vino la última revelacion posible de la idea del derecho, porque en las ciencias morales como en las ciencias matemáticas hay principios que una vez adquiridos, son definitivos y absolutos. Esta revelacion se fundaba en un axioma sencillo como toda verdad. Precisa que la naturaleza social del hombre se conforme con su naturaleza moral. En su conformidad está el derecho. Semejante principio en sí tan claro, fué para la sociedad como el descubrimiento de la brújula para la navegacion, y el descubrimiento de la imprenta para las ideas, y el entimema de Descartes para la filosofia, y las leyes de la gravitacion para la ciencia del universo. El derecho consagrará la naturaleza del hombre. El hombre tiene vida. El derecho la declarará inviolable. Sentimiento, amor. El derecho santificará el hogar de la familia, libertándolo del espía y del esbirro. Imaginacion. El derecho dará libertad á la creacion de la fantasía, al arte. Voluntad. El derecho le dará todas las libertades políticas. Juicio. El derecho le asegurará que no podrá ser juzgado sino por sus iguales. Conciencia. El derecho respetará la religion de esa conciencia. Pensamiento. El derecho asegurará la libertad de la razon. Actividad, trabajo. El derecho romperá todas las cadenas del trabajo, aniquilará todas las maneras de esclavitud. Pero el hombre no está solo, no puede vivir solo, es eminentemente social, y

necesita cambiar sus ideas, sus obras, los productos de su actividad y de su trabajo. El derecho garantizará la libertad del cambio. ¿Qué es el derecho, pues, sino la ley del alma? El alma es una. El derecho es uno. La libertad es una. Las diversas libertades son modos de un mismo sér, manifestaciones de una misma esencia. En cada una de nuestras facultades se halla toda el alma. En cada uno de los derechos se encuentra todo el derecho. En cada una de las libertades toda la libertad. Así es que una libertad encierra otra libertad, y todas las libertades son la libertad una, íntegra, esencial á nuestra naturaleza. Yo comprendo, señores, que haya quien desconozca la libertad. Desde que nací estoy viendo, por desgracia, ciegos en el mundo. Pero lo que no comprendo, lo que no alcanzo, es que haya quien desee las libertades políticas y no desee las libertades económicas, y á su vez no comprendo que haya quien desee las libertades económicas y no desee las libertades políticas; porque me importa poco que me pongais la argolla en el pié, en el brazo, ó en la garganta, si la argolla me impide el movimiento. Señores, libertad científica, libertad política, libertad económica, hé ahí la libertad única, la libertad fundada en nuestra naturaleza, la libertad que abraza toda nuestra vida. La idea de libertad es una, la idea de derecho es universal.

Y estas ideas han de trascender precisamente á la vida. Nada más impalpable, nada más etéreo que la idea. Pero nada tiene tanta vida ni tanta fuerza como la idea. La idea es impalpable como la luz, pero como la luz alumbra el universo. La idea es imponderable; pero la idea como la electricidad, mata. La idea es vaga, aérea, como el vapor que se levanta del agua; pero como el vapor, la idea arrastra con soberano é incontrastable impulso á las naciones. La idea no se queda nunca allá en la soledad de la conciencia, sino que renueva el mundo social, es la palanca incontrastable que derriba las más altas instituciones, las que en su soberbia creían que todos los siglos irían á estrellarse como mansas olas á sus plantas. Así es que dada una idea en la conciencia, esa idea se encarna en el espacio. La filosofía moderna considera la humanidad como un sér, como una gran personalidad en que todos los séres humanos se hallan virtualmente contenidos. Algunos niegan esta

idea ; pero no es posible desconocerla si se examina atentamente. Hay tres individualidades que nadie puede desconocer. El hombre, la primer personalidad de la creacion, puesto que el hombre solamente tiene conciencia de sí, conciencia de su sér. La segunda personalidad es la nacion. Entre las diversas razas y el suelo que han de ocupar, ha puesto Dios eternas armonias, que no desconcertará ninguna fuerza. ¿Lo dudais? Hace un siglo que los tres reyes del Norte se repartieron como tres hambrientos chacales ¡oh iniquidad! los despojos de Polonia. Y poniendo el oído en el rumor de tempestad que suena por el Norte, ¿os atreveréis á negar que el corazon de Polonia palpita todavía? Pues bien ; hay otra personalidad más alta, la humanidad. Señores, en la idea de humanidad concluyen los odios de raza, los privilegios de clases ; en la idea de humanidad, todos los hombres se juntan y se igualan ; en la idea de humanidad, se animan de un mismo espíritu ; con la idea de humanidad, la vida toma esa perennidad que nace del convencimiento de que ha sido una con todas las generaciones pasadas, y será una con todas las generaciones venideras, dilatándose hasta donde se dilate toda vida humana. Y si el hombre no es sólo individuo, sino humanidad tambien, necesita cambiar con el hombre sus ideas y sus obras, y estar en comunicacion con toda la tierra por donde la vida humana se extiende. ¿Y sabeis cuál es uno de los medios más conducentes á realizar esta union interior de pueblos con pueblos, de razas con razas, que la idea de humanidad nos promete? Pues el medio más oportuno es la libertad de comercio, porque junta el espíritu y el trabajo de todos los pueblos. El hombre ha nacido para toda la tierra ; mas cada uno de los puntos de la tierra tiene por su posicion geográfica, por su clima, por su índole, aptitudes diferentes, y para unir las todas como en una sola aptitud ha nacido el comercio, que en esos barcos, que ora como grandes aves marinas despliegan al viento sus velas, ora ceñidos de su corona de negro humo desafian los contrarios vientos y rompen las corrientes contrarias ; en esos barcos lleva de region en region, de gente en gente, los productos de la tierra, las obras del trabajo, las pieles que el ruso arranca á los animales ocultos en sus desiertos de hielo y el tabaco que crece al fuego del ardiente clima de los

tropicos, el hierro forjado en Siberia y los polvos de oro por el negro de Africa recogidos en el lecho de sus rios, el trigo fecundado por las inundaciones del Nilo y el algodón tejido en las fábricas de Inglaterra, el tafilete que ha curtido el africano en los últimos límites occidentales del viejo mundo y el ropon de seda teñido por el indio con todos los colores del Iris, las plantas medicinales que cria el Norte y las manzanas de oro que nacen con tanta abundancia en el jardín de las Hespérides, en nuestras costas meridionales, los dátiles de que se alimentaban los patriarcas bíblicos en la vieja Asia y los metales y las piedras preciosas que guarda el suelo de la jóven América, el ágrío pero agradable zumo que dan las viñas del Rhin y el áureo vino de Jerez por el cual corren partículas del sol de Andalucía que van á animar y á calentar las ateridas venas de los hijos del Norte escondidos como aves nocturnas en sus hogares cubiertos casi siempre de nieve (*Bien, bien*); y de esta suerte maravillosísima junta el comercio unas regiones con otras regiones, unas razas con otras razas, Europa con Asia, el antiguo mundo con el nuevo, une los hombres en la fraternidad del trabajo, logra que todos comprendan que necesitan de todos, lleva de gente en gente la copa en que rebotan todas las sustancias necesarias á la vida, y esparce por do quier las semillas de las ideas, y alcanza lo que seria imposible sin sus hercúleas empresas, sin sus audaces navegaciones, alcanza que el hombre cumpla su ministerio divino, que reine verdaderamente sobre todos los ámbitos de su hermosísimo planeta. (*Aplausos.*)

Y, señores, á medida que se han modificado las ideas, tambien se ha modificado el comercio. Conforme ha ido cambiando el ideal de los pueblos, han ido cambiando tambien las relaciones mercantiles. Y esto se explica, porque á una idea en la esfera metafísica, corresponde otra idea análoga en la esfera política; y á una idea en la esfera política, corresponde otra idea análoga en la esfera económica. Puede asegurarse que la idea metafísica, que os parece más sencilla, encierra una série de ideas todas encadenadas por rigorosísimo orden lógico. A la idea de humanidad, corresponde la idea de derecho; y á la idea de derecho, corresponde en la esfera económica la idea de libertad de comercio. No puede existir un sér como la humanidad sin que tenga

una ley, y no puede tener una ley sin que abrace toda la vida. Por consiguiente, el comercio, que es una de las fases del trabajo, y el trabajo, que es la actividad misma del hombre, entra en la ley misteriosa del derecho. Sí, las ideas metafísicas se enlazan con las ideas políticas, y las ideas políticas con las ideas económicas. Leed la historia, y lo encontrareis así demostrado en todos los hechos. Mientras el Oriente estuvo dominado por el panteísmo materialista, las generaciones se consumían en una misma idea, al pié de sus dioses, á la puerta de sus templos, y la vida era como lago inmóvil, expuesto á la corrupcion, porque el soplo del aura no agita la superficie, ni el movimiento de las olas renueva y purifica las entrañas. Al dualismo en la esfera religiosa, siguieron los pueblos guerreros en la esfera política. Pero así que los dioses individuales fuéron surgiendo del seno de la materia para encaminarse al Olimpo griego, nació cerca de Grecia aquel pueblo fenicio que, arrojando el hueco tronco al mar, y tendiendo la leve lona al viento, se dió al comercio, y logró reunir en su mercado de Tiro el incienso de Egipto, el nardo de la India, el oro tartesiano, el ébano y el marfil de Ofir, las copas de Serapta, la pedrería de la Arabia, la canela de las tierras de Baco, la plata que creían los antiguos rayos de la luna, cuajados en el fecundo suelo de la hermosa Iberia; los dátiles cogidos en Dedan, el vino de Calíban con que se embriagaba Sardanápalo en sus orgías; dones á cuyo cambio llamaba á todos los pueblos, revelándoles al mismo tiempo en su alfabeto una maravillosa manera de cambiar las ideas, y leyéndoles los geroglíficos escritos en los templos antiguos, verdadera revelacion de los profundos misterios que guardaba el silencioso espíritu del Asia. (*Aplausos.*) En todas las relaciones de la vida encontrareis esta misteriosa armonía. ¿Cree la conciencia de los antiguos en la desigualdad humana? Pues la política engendrará la esclavitud, y la esclavitud, que es un gran error social, engendrará el menosprecio del trabajo, un gran error económico. El particularismo de la vida griega se extiende á sus colonias y al comercio de las colonias con la metrópoli. Roma domina políticamente al mundo, y económicamente hace á todas las naciones tributarias del pueblo rey. Al caos social que reina en la edad media, corresponde el caos económico. El castillo feudal se aísla en sus riscos, el mu-

nicipio en sus muros, el rey en su trono siempre vacilante, el gremio en sus privilegios, el siervo en el terruño que empa- pa con el sudor de su frente; y como no hay en aquel mundo ley general de vida política, no hay tampoco ley general de vida económica, y rige la excecion de pechar en los poderosos, el diezmo en los humildes, y junto á aquella aristocracia, que cuando no tiene lo necesario, roba al viandante ó al labrador, aquellas ciudades mercantiles, como Venecia, Génova, Barcelona, que en los mares arrojaban á los cuatro vientos del horizonte las semillas de la libertad, al mismo tiempo que extendian por do quier los favores del comercio. Este fraccionamiento político y económico provenia de los elementos feudales, que á su vez provenian de los elementos germánicos. Pero habia un principio en la edad media, que representaba la unidad de la vida, la unidad de la civilizacion cristiana, heredero natural del antiguo imperio romano, y este principio era el pontificado. Asi como el feudalismo representaba el individualista elemento germánico, el pontificado representaba el humanitario elemento latino. Y obedeciendo á esta ley de unidad constitutiva de su vida, levantó la bandera de las Cruzadas, que unieron á todos los pueblos en un solo pensamiento, y trasformaron las condiciones del comercio y del trabajo, abriéndoles más dilatados espacios. Y véase cómo la lucha entre el elemento germánico y el elemento latino, que es ley social de toda la edad media, trasciende á la industria y al comercio. Viene más tarde el Renacimiento. Yo tengo por el Renacimiento grande y profunda admiracion. Tres épocas hay en la historia moderna, que serán eternamente sagradas; el movimiento religioso, el movimiento filosófico, el movimiento político. En el Renacimiento, el mundo pierde la tristeza que le sobrecogiera durante la edad media; las estátuas que exhalaban el *dies irae* en las iglesias bizantinas se convierten bajo el cincel de Buonarroi, de Berruguete, de Cellini, en estátuas clásicas, resplandecientes de hermosura; la naturaleza macerada por el genio austero de los pasados siglos, se despierta en las obras de Leonardo de Vinci y de Rafael de Urbino: Colon descubre la América, y renueva la naturaleza al paso que Erasmo y Luis Vives, y Bacon y Hutten, renuevan el espíritu; las naves portuguesas y españolas se enseñorean de los mares entre los

cánticos de Camoens, el Homero de la Iliada del trabajo, que debe suceder á la eterna Iliada de la guerra; cae la caballería á los piés de Cervantes; caen los castillos feudales volados por la pólvora, que rompe los ejércitos de los señores; la humanidad pierde el temor á una próxima muerte, y siente la tierra oscilar bajo sus plantas, como si buscara nuevos rumbos en su carrera triunfal por el espacio; el telescopio nos acerca al cielo y dilata los horizontes del universo, así como la libertad dilata los horizontes de la conciencia; renace el mundo helénico por la emigración de los griegos de Constantinopla, el mundo helénico que la civilización encuentra como una de esas mómias conservadas entre los aromas del Oriente en las piedras de las pirámides de Egipto; y el sentimiento del progreso oscurecido tanto tiempo, penetrando en el corazón de la humanidad, la trasfigura y le anuncia el día feliz del triunfo de todos sus sacrosantos derechos. (*Aplausos.*)

Pero, señores, al lado de estos grandes bienes, ¡cuántos males! La civilización necesitaba salir de la edad media. Para salir de la edad media, necesitaba un principio opuesto al principio de la edad media, un principio opuesto á la división de clases, al fraccionamiento de fuerzas; necesitaba la unidad del poder. Los jurisconsultos crearon esta idea, inspirada á su conciencia por la lectura del derecho romano del imperio, dictado por la unidad del despotismo. La reacción política, contra la edad media llegó tan lejos que ahogó toda vida, toda ley de variedad. Cuatro grandes transformaciones, ha tenido el absolutismo: ha sido caballeresco con Carlos V, teocrático con Felipe II, cortesano con Luis XIV, puramente militar con Napoleón el Grande. Pues bien, señores, el absolutismo levantado sobre grandes errores políticos, tiene por consecuencia precisa é indeclinable grandes errores económicos. Carlos V oprime á la propiedad con sus impuestos, como oprimía al hombre con su autoridad, y aumenta los privilegios económicos que han de traer tan graves perturbaciones, y vende los oficios, con lo cual perturba el movimiento económico. Felipe II prohíbe que ningún pueblo extraño comercie con nuestras colonias. A este error económico se unen el menosprecio del trabajo en nuestros hidalgos, y la sed hidrópica de oro en nuestros indios, y la

guerra á muerte á los industriales y agricultores que no profesan nuestra religion, lo cual deja yermo el suelo, aniquilada la industria, y convierte esta gran nacion de reyes en misera nacion de mendigos. Luis XIV cede á los consejos de Colbert, el gran protector. ¿Y cuáles fuéron los resultados de sus ideas económicas? Leed, leed á aquel escritor que me parece más grande, mucho más grande que Bossuet, y Montesquieu, y Racine, y Colbert, porque conoció y quiso remediar los males de su siglo; leed á Vauban. ¿Qué os dice el primer mártir, tal vez el único de la ciencia económica? Que el mundo industrial, con tanto esfuerzo levantado por Colbert, se ha venido al poco tiempo á tierra estrepitosamente; que el hambre reina en Francia, mientras la nobleza y el rey en Versalles se mueren de hartazgo; que grandes campiñas son desiertos; que los pobres hijos del pueblo, agoviados por el peso del impuesto, y por la tiranía y la violencia de los exactores, corren á los bosques á pedir alimento á las raíces de los árboles á manera de los salvajes de América. Y como todo apóstol tiene siempre compañeros, Boisguilbert le sigue. Abrid las puertas cerradas de Francia, dejad libre al menos el tráfico interior, decia este á los ministros del gran rey, viendo su país como un barco desmantelado que hacia agua por todas partes. Pero Desmarests, que es la rutina en el poder, impide con nuevos impuestos el libre movimiento hasta del comercio interior, y en los últimos dias de la mentida grandeza de Luis XIV sólo se oye el rumor del ejército de exactores que destruye á la Francia desnuda, desangrada y hambrienta. Tales son los resultados de un error económico, aunque lo sostenga un genio como Colbert, el rey de la industria. ¿Y cuál es la última trasformacion del absolutismo? La autocracia militar, Napoleon. ¿Y cuál es su idea? El bloqueo continental para matar de hambre á Inglaterra. ¿Y qué sucedió con esta idea? Sucedió que aquel batallador que con el humo de sus cañones borró la marca del derecho divino en la frente de los reyes; aquel hombre singular que parece el sueño de la humanidad en una hora de delirio; aquel soldado que llevaba por cetro el rayo de la guerra, vencedor en las Pirámides, vencedor en Marengo, vencedor en Gena y Austerlitz, vencedor de todos los reyes, herido sólo en España el dia que quiso medir sus armas con un pueblo; aquel hijo de la for-

tuna , cuyas hondas huellas no se borrarán nunca en la tierra, porque son los profundísimos surcos abiertos para la gran siembra de las ideas; aquel hijo de la fortuna, en cuyo cerebro se habían condensado todas las tempestades revolucionarias, fué á caer á los piés de Inglaterra en el funesto día de Waterlloo, en que para siempre se extinguió en sangre su espíritu que había brillado en Europa como sangriento y aterrador cometa. El genio fué á estrellarse en el cálculo. El águila sufrió que la zorra subiese á su nido y le devorara el cerebro. Así se pagan siempre los grandes errores políticos, los grandes errores económicos. Quiso aquella águila ocultar con sus alas la luz de su siglo, y el fuego de esa luz la consumió arrojando sus despojos á solitaria isla en mitad del Océano. El error económico siguió al error político, de la misma misteriosa suerte que sigue la sombra al cuerpo. Así es que siempre que se ha movido la humanidad hácia su derecho, se ha movido hácia la libertad económica. No se me oculta que algunos rígidos economistas no perdonan á la revolución francesa, la tasa, los asignados y otros errores económicos, que son desgracias de la impura realidad, cuyas sombras ocultan muchas veces las ideas como las nubes ocultan el sol. Pero la noche del 4 de Agosto de 1789 es la última noche de la amortización, del mayorazgo, del feudo, de los grandes errores económicos, y el nuevo día que asoma por el Oriente es el primer día en que el siervo, el eterno pária, siente la conciencia y el derecho de hombre. (*Aplausos.*)

Señores : he sido osado á hacer esta larga demostracion de las relaciones entre la ciencia económica y la idea política, para mostrar el error gravísimo en que viven, los que en uno ó en otro sentido quieren separarlas. Yo, que he dicho siempre la verdad, lo que he creído verdad á los que están á mi lado en política, diré la verdad, lo que crea verdad á los que están á mi lado en la ciencia económica. No he solicitado este sitio ni esta honra; y sabido es mi retraimiento, casi invencible, de la liga de los economistas.

Ocupado en poner los cimientos de la libertad, no he creído que debía trabajar en la cúpula mientras los cimientos no estuviesen firmes. Y he oído siempre con dolor, con verdadero dolor, á muchos economistas, que se puede predicar sola y aislada

la libertad económica. ¡Triste ilusión cuyo resultado ha de ser un gran desengaño! Se quiere persuadir al pueblo de que la libertad que más le conviene es la libertad económica, y el pueblo, esencialmente espiritualista, se interesa poco por la libertad económica, mientras vive soñando siempre por la libertad política, por la cual ha dado tantas veces su sangre, y la sangre de sus hijos. El error de muchos economistas en el fondo es el mismo error de los socialistas, cuya mayor falta es, á mis ojos la preferencia que dan á los intereses económicos sobre los intereses políticos de los pueblos. Por más que me esfuerzo en ello, no puedo separar la idea económica de la idea política. La costumbre de estudiar la historia al resplandor de la filosofía, engendra esta adhesión incontrastable á la série en que se desarrollan todas las ideas. Yo veo que el feudalismo no puede existir sin el siervo del terruño, ni el siervo del terruño sin la esclavitud del trabajo. Yo veo que el municipio no puede existir sin los propios, y que sobre la tierra sagrada de los propios se quiebran las cadenas de la servidumbre. Mientras los caballeros feudales del litoral, por ejemplo, sólo viven allí en su aislamiento y en su ociosidad, pasan por el pié de sus riscos las velas de Génova, de Venecia, de Pisa, henchidas, más que por el soplo del viento, por el soplo de la libertad. Comparad Holanda con nuestra España en el siglo xvi. España tenía el espacio que se dilata desde el Pirineo al mar de Cádiz, el espacio más hermoso de Europa; tenía los Países Bajos, tenía el Milanésado, Nápoles, Sicilia; teníamos el Asia, ciudades en la costa de Africa; la inmensa é inexplorada América; encerraba en sus brazos el Atlántico, el Pacífico, un imperio como nunca lo soñara Alejandro, como nunca lo viera Roma; y por sus errores políticos, seguidos de sus errores económicos, se moría de hambre. Comparadla con Holanda. El holandés no tenía tierra que pisar. Para extenderse necesitaba retirar el Océano con sus hercúleos brazos. Pero en medio de las guerras religiosas, fundó allí como una isla afortunada, donde era posible la libertad de pensar, y recogió los frutos de esta idea con su colosal comercio. Viene otro gran acontecimiento político, la independencia de los Estados-Unidos. La libertad aristocrática inglesa ha dado sus naturales consecuencias, una república democrática. Nace una sociedad sin monarquía,

sin aristocracia, con la igualdad de derechos. Inglaterra lucha primero; pero despues reconoce que de su comercio con sus antiguas colonias puede alcanzar más provecho que de su antigua dominacion, y un nuevo hecho político trae nuevos hechos económicos. Romped, señores, si es posible la relacion de la ley política con las leyes económicas. Mas ¿á qué cansarme? ¿Dónde está la epopeya del libre-cambio? En la liga de Manchester. ¿Qué es la liga en su esencia? Una gran revolucion, un gran movimiento contra la aristocracia inglesa, contra el feudalismo normando, que tenia sus venenosas raíces en las entrañas mismas de la agricultura. La liga de Manchester es un gran movimiento político, uno de los movimientos políticos más profundos que ha visto nuestro siglo. ¿Qué son Cobden, Brint, Fóx y tantos otros héroes de la libertad económica? Permitidme que revindique sus gloriosos nombres para mi causa. Son radicales, son demócratas que quieren impedir que la aristocracia tenga el monopolio agrícola, para impedirle al mismo tiempo que tenga el monopolio legislativo.

Aquella lucha tan porfiada y tan gloriosa, para la cual debe conservar siempre la memoria humana un recuerdo de verdadero agradecimiento, es el asalto que en nombre de las clases desheredadas grandes oradores, grandes repúblicos dan al ruinoso castillo del feudalismo normando. La aristocracia inglesa, tan adulada de unos, tan envidiada de otros, tan por extremo encarecida de todos, fundaba su riqueza, su poder, ¡qué horror! señores, sobre la miseria del pueblo. No querian que entrasen por los puertos ingleses cargas de trigo. Para que el noble lord se muriese de hastío era necesario que el pobre pueblo se muriese de hambre. Todavía recuerdo que en uno de los discursos más elocuentes de Cobden nos describe al pobre hijo del pueblo inglés pálido, demacrado, que acaba de apartarse de los brazos de su madre, que lleva todavía en sus mejillas frescas las lágrimas de sus hijuelos, y que desde el puente del navío donde va en pós de un pedazo de pan, se retuerce en la desesperacion al ver que se pierden sus verdes costas, que se oculta entre la niebla su hogar, mientras los porteros de la aristocracia guardan bajo cuatro llaves los almacenes llenos de trigo que va á buscar ¡el infeliz! léjos de la patria. Aún recuerdo que Fos, despues de insul-

tar á los aristócratas, despues de llamarles ladrones, despues de ponerlos hasta fuera de la nacion, porque la nacion se compone de los trabajadores y no de los ociosos, se dirige á ellos, á pesar del rayo del poder con que le amenazan, y conminándolos con una elocuencia digna de la que el Prometheo de Esquilo usará para maldecir á Júpiter, les obliga á que vean la yerba que crece en el cementerio de los ingleses pobres, donde hay muchos muertos en la flor de su edad, en el vigor de la vida, porque la tasa del pan los ha asesinado, los ha arrancado á la patria y al trabajo, víctimas del hambre, entregadas al hambre de la muerte por el privilegio de sus crueles señores. Aún recuerdo que un dia en aquellas grandes asambleas se despertó tempestuoso entusiasmo. Presentábase en ellas O'Connell que iba á llevarles el don de aquella palabra cuyos ecos resonaban como el trueno en los campos de Irlanda. ¿Quién es O'Connell? El enemigo más elocuente que tenia la aristocracia inglesa. Pues bien, cuatro hombres habia allí que representaban en su manera especial de hablar cuatro revoluciones: O'Connell la guerra á los privilegios religiosos; Fox la guerra á los privilegios políticos; Bright la guerra á los privilegios administrativos; Cobden la guerra á los privilegios económicos. Un gran repúblico los oyó y llevó sus ideas al poder. ¿Qué fué el triunfo de la libertad mercantil? ¿Qué fué la abolicion de la ley de cereales? Fué la herida abierta en el corazon de la aristocracia inglesa, herida que la derribó, que aún destila sangre, y por la cual tarde ó temprano, pero fatal y necesariamente, se ha de escapar su existencia. (*Bien, bien.*) Pero esta misma liga que tanto y tan justamente es admirada, nada alcanzára si no hubiera libertad de pensamiento, libertad de palabra, libertad de imprenta, libertad de asociacion. Comparad la liga de Manchester con nuestra liga de la plazuela de la Leña. Así vereis la diferencia que hay entre la libertad natural y la libertad otorgada, entre la santa libertad, que es un derecho del hombre, y la mezquina libertad, que es un favor del gobierno. Nuestra liga tiene oradores dignos de ponerse al lado de los primeros oradores de la liga inglesa. Pero los nuestros combaten los fabricantes que, entre paréntesis, hacen muy bien gozando de los privilegios que les conceden, y dejan en paz al gobierno, porque saben que si

dijeran lo más mínimo contra él, cualquier agente del gobierno civil seria bastante para disolver la reunion y dispersar por ensalmo á nuestros elocuentísimos oradores, que no volverian á reunirse. (*Risas, aplausos.*) ¡Qué progresos hareis en una asociacion cuya vida pende indudablemente de la voluntad de un gobernador de provincia! ¡Grande agitacion la que está medida y regulada por la voluntad de los mismos privilegiados á quienes la agitacion daña! (*Bien, bien.*)

Por eso os digo con toda la sinceridad de mi corazon, con toda la franqueza de mi carácter, que si quereis predicar en una todas las libertades económicas, prediqueis principalmente la libertad. Aunque un gobierno absoluto quisiera la libertad mercantil encontraria esta libertad su limite en las condiciones del absolutismo. Dejaria entrar los frutos de la tierra, los frutos de la industria; pero prohibiria los frutos de la inteligencia, al menos aquellos dañosos á sus doctrinas y á su vida. Y lo mismo digo de las demás libertades. Nada me importaria la libertad de pensar si me ganaseis la seguridad individual. El trono del pensamiento libre seria un calabozo. El enlace de las libertades, señores, en mi sentir es tan íntimo y tan profundo como el enlace misterioso de las facultades del alma. Pero así como quitando del alma la conciencia, y aunque todas las facultades se ejercitaran no conociamos su ejercicio, quitando de las libertades la libertad política aunque vivieran todas, vivirian vida mezquina muy semejante á la muerte. Esta es la razon que me ha movido á recordaros la armonia entre la libertad política y la libertad económica. Hay un hombre en esa ciencia económica en que vosotros sois maestros, que os merece, no sólo respeto, no sólo asentimiento, sino tambien cariño. Este hombre tuvo el singular mérito de propagar las ideas económicas en la fortaleza de la proteccion y del socialismo, en Francia. Todos habeis pronunciado ya el nombre de Bastiat. Pues bien, Bastiat ha dicho que á medida que en esta reaccion que agita á Europa y apena á los corazones liberales, ha ido creciendo el censo en las elecciones, ha ido creciendo la tarifa en los aranceles. En 1795 todo francés era elector, el sufragio era universal. Mirad los aranceles. El trigo, la harina, los bueyes, nada pagaban al entrar en Francia. El aceite pagaba noventa céntimos por cada cien kilogramos. En 1791 todo

contribuyente era elector. La tarifa era mayor. El aceite pagaba nueve francos por cada cien kilogramos. En 1817 el censo era de cuatrocientos francos. La tarifa era mayor. Los bueyes pagaban tres francos, el aceite veintisiete. En 1822 sólo la gran propiedad tenia derecho electoral; el censo habia llegado al extremo último que puede medir la reaccion. Lo mismo sucedió en los aranceles. El trigo pagó veinticinco francos por hectólitro, el aceite pagó treinta y ocho francos por kilogramo. A medida que el derecho electoral se extendia, bajaban los aranceles, y á medida que se limitaba, los aranceles subian. Ahí teneis una demostracion matemática de las relaciones entre la economía y la política. Y no puede ser de otra suerte. La vida es una y uno el espíritu. Por consiguiente, una es la ley de la vida, uno el derecho del espíritu. ¿Cuál es el pueblo de Europa donde hay menos trabas políticas?—Suiza.—Pues Suiza es tambien el pueblo de Europa donde hay menos trabas económicas.

Sé muy bien, señores, que algunos piensan ahora en los Estados-Unidos. Yo contestaré á eso con algunas palabras de Schiller. Si esta mujer tan hermosa, decia el poeta, tuviera todas las perfecciones, no viviria en la tierra, porque ya Dios la habria escogido para habitar entre los ángeles del cielo. Pero prescindiendo de las mil causas que explican la excepcion anormalísima de los Estados-Unidos, yo os digo que por ser la nacion más libre del mundo es la nacion que en más aprecia el trabajo. ¡Felices los pueblos que tienen la libertad de pensar, la libertad política, la libertad económica; saludémoslos con entusiasmo, porque de ellos verdaderamente es el reino de la justicia! Mas volviendo á tratar de América, permitidme que estudie por algunos instantes la América del Sur, nuestra América. Hay un hecho que no podemos desconocer, su independendencia. Ha salido de nuestro hogar: trabajemos todos de consuno para que si recuerda con dolor que España fué su reina, recuerde con agradecimiento que España fué su madre. En el movimiento de la independendencia, movimiento espontáneo, uniforme, universal, hubo dos tendencias. La de aquellos á cuyo frente pondré á Bolívar, que con generoso ardimiento querian separar la América de Europa á fin de que no peligrase nunca su reciente autonomia. La de aquellos á cuyo frente pondré á Rivadavia, que, más pre-

visores y no menos patriotas, creían que América volvería á la barbarie si encerraba sus nacientes repúblicas en el sagrado de sus bosques, en la soledad de sus pampas. El pensamiento de Bolívar de unir una gran Asamblea en el Panamá, era grande y mezquino á un mismo tiempo. Era grande porque trataba de unir en una confederación toda la América española; era mezquino porque trataba de separarla de Europa y especialmente de España. El pensamiento del gran Rivadavia era más sublime y más humano, como todos los pensamientos que levantándose de las condiciones de lo presente, se identifican con todos los tiempos y se dilatan en la humanidad. Pues bien: las repúblicas que se fundaron en la desconfianza del extranjero, á un tiempo mismo proscribían la libertad religiosa, por ejemplo, y la libertad económica. Chile no quería la libertad de pensamiento ni la libertad de conciencia. A esta negación en la esfera política correspondía la siguiente negación en la esfera económica: « Los industrioses chinos sin navegación viven quietos y servidos de todo el mundo. » Habían levantado la muralla de la China para el pensamiento, y no era mucho que la alzasen también para el comercio. Mirad en la República Argentina un pueblo fundado en la libertad política, en la libertad religiosa, en las grandes ideas de Rivadavia, desarrolladas y maduras por el ilustre mártir de la libertad, por Varela, y tendreis un pueblo que abre sus brazos al extranjero, que combate su gran enemigo, el desierto, y que admite como consecuencia de su libertad política la libertad económica. Buenos Aires hoy, después de haber sufrido bajo Rosas una tiranía peor que la de Calígula, es por su libertad la ciudad más ilustrada y la ciudad más rica de toda la América del Sur. Saludémosla en sus recientes victorias. Al revés, señores, el Paraguay. Allí reina la sombra del comunismo teocrático. Toda libertad política está proscrita, y con ella toda libertad económica. Y como no reinan ni la libertad política ni la libertad económica, bajo aquel cielo purísimo, á orillas de aquellos rios que recuerdan los rios del Eden, entre aquellos bosques donde ofrece sus dones eterna primavera, en medio de la naturaleza más varia y más rica del Universo, yace un pueblo estúpido que se asemeja en su embrutecimiento á los primeros pobladores de la tierra cuando salían del Paraíso encorvados bajo los hierros de la

esclavitud, con las sombras del pecado en la conciencia y las señales del castigo de Dios sobre la frente. El Paraguay, que es lo más hermoso de América, ¿por qué es lo más bárbaro? Porque vive en el aislamiento mercantil y económico. ¿Y por qué vive en ese aislamiento? Porque no tiene libertad política. ¿Quereis otra prueba más de las relaciones misteriosas entre todas las libertades?

No quiero aglomerar pruebas porque no quiero cansaros. Me habeis designado para decir qué efecto producirá la predicacion económica, y os digo que mientras duren las actuales condiciones políticas no producirá ninguno. Señores, la proteccion no es más que una de las formas que toma el privilegio. Hablando anoche con un amigo de esta nuestra Sociedad, muy inteligente en materias económicas, me decia : Una mujer del pueblo de Inglaterra se viste de piés á cabeza con el algodón inglés por doce reales. Una mujer española necesita treinta reales. Admitid la libertad de comercio, digo yo, y se vestirá por quince reales mañana, la pobre mujer que hoy se viste por treinta. De suerte que por la proteccion, gran número de millones que representan muchas gotas de sudor, muchos dias de hambre, muchas horas de insomnio, muchas fuerzas consumidas en manejar el azadon, ó en estar en el tormento de una máquina, van á parar de las callosas manos del pobre pueblo que no tiene hora de reposo, al bolsillo de los señores feudales de la industria. (*Aplausos.*) Pues bien, el pobre pueblo no puede defenderse de esta gran iniquidad. Mientras el señor feudal de la industria es elector y elegible y tiene periódicos y ejerce grande influjo en su distrito, y no menos en el gobierno, el pobre no tiene periódicos que le defiendan, ni diputados que le representen, y alejado de los comicios, de los congresos, de todas partes, sin ningun derecho, sin ninguna instruccion, los mismos que lo explotan le enseñan que es muy justo, que conviene mucho al decoro nacional que compre caro el pan con que se alimenta, caro el vestido que apenas sirve para cubrir sus carnes. (*Aplausos.*) Esto es tan cierto, que los mismos grandes señores del comercio que detestan la libre concurrencia de los productos de la industria, desean la libre concurrencia de los trabajadores y toman un cocinero francés, un lacayo inglés, un jardinero italiano, un maquinista belga, cuidándose poco

del mal que esto puede traer al trabajo nacional, como si fueran extranjeros los trabajadores, porque para ellos solamente las piezas de algodón tienen patria. ¿Por qué sucede esto? Porque el pueblo no puede cuidar de sus intereses. Mientras el voto electoral sea un privilegio, servirá para conservar los privilegios, y como la protección no es más que una de las formas del privilegio, servirá para conservar la protección. ¿No ha sucedido así con el papel? Teníamos derecho á que se permitiese la libre introducción. En ello estaba interesado el porvenir del país; sí, el porvenir de su ilustración y de su ciencia. Era esta una de las cuestiones más graves, más trascendentales que podían presentarse, y especialmente para España, que comienza á romper las ligaduras opresoras de su inteligencia. ¿Y qué sucedió, señores? Por un momento tuvimos la loca esperanza de imaginar que el papel iba á entrar libremente en nuestra patria. La Asociación para la reforma de Aranceles mandó á la discusión algunos de sus atletas. Habló el Sr. Pastor, la ciencia y la experiencia de la Sociedad; habló el Sr. Segovia, la oratoria académica, la salática, el ingenio culto, la gracia delicada y urbana de la Sociedad; habló el Sr. Moret, la poesía, la inspiración de la Sociedad. Los fabricantes de papel, que saben cobrar un precio excesivo por su industria, no saben hablar. Cuando habló el Sr. Pastor, no acertaron á contestar; cuando habló el Sr. Segovia, estuvieron á punto de meterse debajo de los bancos huyendo de los dardos de su fina sátira; cuando habló el Sr. Moret, lloraron, pero enjugáronse las lágrimas al instante, y digieron: «votos son triunfos,» seguros de que en el Congreso no había de pasar la abolición de sus privilegios, propia manera de curarse pronto del espanto que les causaran tan elocuentes discursos. (*Risas y aplausos.*) No queremos fabricantes privilegiados, dicen muchos de nuestros libre-cambistas en Economía y doctrinarios en política. Pues si admitis electores privilegiados, escritores privilegiados, ¿por qué no habeis de querer fabricantes privilegiados? La lógica es real, la serie es inevitable, las consecuencias son fatales. El fabricante querrá que se abran todos los mercados del mundo á sus productos, pero que se cierren á todos los productos del mundo iguales á los suyos los mercados de su patria. Todo error engendra el mal. El privilegio engendra el egoísmo. Sólo un ami-

go nuestro que ha medido las armas de su elocuencia en este sitio con gran brillo, y que piensa fundar una sociedad muy agradable, y que fío en Dios será muy positiva, cree que podrá renunciar á todos los privilegios que pueda tener la industria objeto de sus cálculos, la industria más útil á nuestras extremidades, la industria de los calcetines y de los gorros de dormir; pero tales proyectos lo arruinarían porque son utopías de filósofo, ilusiones de poeta. (*Risas.*) Pero, señores, el privilegio se defenderá hasta el último trance, y cada una de nuestras leyes le sirve como de fortaleza para defenderse. ¿Qué terror puede causar á los privilegiados la predicación económica, cuando saben que si fueran llamados al poder los primeros economistas no podrían realizar ninguna de las reformas que predicán en las condiciones de nuestra política? Diré siempre á los economistas; si persistís en vuestro egoísmo, temed un gran desprecio hoy, y mañana en el día de la renovación de esta sociedad una grande impotencia.

Y cuenta, señores, que si bien no soy por profesion economista, es imposible que la libertad mercantil tenga un partidario más entusiasta, más ardiente que yo. Creo que la libertad de comercio no sólo es justa sino útil. Creo que en el estado de la civilización su triunfo es inevitable. Creo que acabará con los odios de raza, con la funesta enemiga de los pueblos. Creo que llevará las rivalidades de las naciones de la esfera sangrienta de la guerra á la esfera pacífica de la industria. Creo que abaratando los productos dulcificará la suerte del pobre, la suerte del jornalero. Por eso, señores, la anhelo con todo mi deseo, y trabajaré por ella con todas mis fuerzas. Si algo muestra la naturaleza social del hombre es el cambio. La primera necesidad humana es la sociedad. El hombre en la soledad sería el más débil de todos los animales. El hombre en sociedad es el más fuerte de todos. Conozco que hay algunos grandes escritores que han detestado la sociedad como Montaigne, como Rousseau. El mismo Cervantes describe el siglo de oro en que andaba el hombre por los campos exento de las penosas leyes del trabajo, y en santa y no interrumpida comunicacion con la naturaleza. Pero, señores, tan grandes hombres vivían en una sociedad que era como oscuro calabozo y deseaban refrescar sus almas sedientas de libertad en la vida libre de los campos, y recoger en sus ojos secos la pura

luz que baja de los cielos, sin que pudiera negársela nunca las duras rejas de tiranos y abominables poderes. Así explico yo algunos rasgos contra la sociedad que encuentro en grandes escritores de grandes siglos de tiranía. Pero la naturaleza del hombre es eminentemente social. La primera ley de la sociedad es el cambio. El hombre no trabajaria si no pudiese cambiar los productos de su trabajo. El labrador planta el árbol que no ha de ver crecido, y cuyos frutos no ha de gustar, porque un secreto instinto le dice que vivirá con las generaciones venideras. El artista crea para que el mundo se goce en sus obras. El orador habla porque su pensamiento ha de prender en la conciencia ó en el corazon de los que le escuchan. El cambio de las ideas no puede ser contrastado por ninguna fuerza. El pensamiento va en alas del espíritu á fecundar otros espíritus, como la semilla que ciertas plantas confian á las alas del viento. Nadie pudo evitar el cambio de las ideas en el espacio, ni la monarquía absoluta, ni la Inquisicion. Nadie podrá evitar el cambio de los productos del trabajo. La libertad de comercio es como todas las libertades, eminentemente social, eminentemente humana. Así el derecho regulará con su ley inquebrantable las relaciones económicas de los pueblos. Y prácticamente no serán menores las ventajas del libre-cambio. Equilibrará las fuerzas de todas las naciones, desarrollará la aptitud especial de cada raza, y formará con la variedad de inclinaciones de esos grandes individuos que se llaman pueblos la unidad armónica de la vida humana. Al mismo tiempo hará difíciles, si no imposibles, las crisis mercantiles y las crisis alimenticias, que son hoy el azote de los pueblos. Yo sé muy bien que la clase de grandes comerciantes quiere aún regular por sus privilegios el comercio como los grandes propietarios quisieron regular por sus privilegios la sociedad. Y de tal suerte proceden, que engañan al trabajador diciéndole que bajarían los salarios con el libre-cambio, cosa que aunque fuera cierta estaria compensada con la baratura de los productos. El gran productor dice : yo soy parte integrante de la patria, y debes comprar caro, á lo cual debemos contestar los consumidores : pues yo tambien lo soy, y debes vender barato. Lo cierto es que la libertad de comercio es la ley natural del trabajo, es la esencia de su vida.

La predicacion del libre cambio cuando no se aparta de las de-

más libertades, sin duda alguna es utilísima. En primer lugar, quita á los pueblos ese afán de volver los ojos en todo al Estado, como esperando que del Estado descienda el rayo de luz que ilumine su conciencia, y el pedazo de pan que harte el hambre de sus hijos. ¿No os acordais del gran escollo de 1848? Todavía guardo viva la impresion que en mí produjo aquella gran revelacion de la idea democrática de Francia. Aunque no tenia edad para que se fijasen vivamente en mí las ideas primeras que aquella revolucion despertó, las guardo en mi conciencia como guarda una imágen el cristal fotográfico. Todos los corazones se abrieron á la esperanza, todos los pueblos oprimidos se incorporaron en sus sepulcros; una corriente eléctrica atravesó la Europa, y creimos que era aquel por fin el día anhelado de la libertad, que se eclipsó porque el pueblo tuvo más confianza en el Estado que en su derecho; error expiado hoy con ese cesarismo que mata á la Francia, pues necesita tener un ejército de obreros en París, para que le procure popularidad, y un ejército de audaces soldados en el exterior, para que le procure glorias por imposibles que sean, ora peleando contra la monarquía, ora erigiendo monarquías, porque su único fin es sustituir al calor de la vida la fiebre devoradora de la guerra, y convencer al obrero de que le da el pan que come, cuando no hace más que quitárselo para devolvérselo disminuido y empapado en la hiel de su ignominia. (*Aplausos.*)

Y al mismo tiempo que combate la Economía política las tendencias comunistas, prepara grandes verdades para el gran día de la emancipacion del cuarto estado del pueblo. Ese día se acerca. El que no lo vea venir, padece una ceguera incurable. La ciencia descende al taller; las antiguas aristocracias han muerto; la igualdad de derechos civiles engendra la igualdad de derechos políticos; el feudalismo está en el suelo y hasta se arruinan sus ruinas; la monarquía absoluta ha perdido en el gran combate de principios del siglo la corona del derecho divino; la revolucion ha removido hasta las entrañas de la sociedad; la prensa periódica es como un libro que todos los días lleva una idea á la mente del pueblo; la clase media ha mostrado el camino de la emancipacion; el vapor, la electricidad son nuevas fuerzas adquiridas por el pueblo, como la imprenta fué el pedestal

de su libertad, de su inteligencia; y todo anuncia que el eterno esclavo, el maldecido por las aristocracias teocráticas, el azotado por las aristocracias guerreras, el vendido por las aristocracias mercantiles, se acerca al logro pacífico y definitivo de sus derechos. (*Aplausos.*) Pues bien, el único timbre, el único escudo de armas, la única nobleza que puede presentar el pueblo para merecer ese derecho, es su trabajo. ¿Y os parecería poco? El trabajador continúa la creación. Ora triture con su piqueta las piedras y abra con su hacha los bosques, y tienda sobre los abismos los puentes; ora desafíe las tempestades, y las olas y los abismos del mar, y recorra las costas de la tierra librando su vida á deleznable tablas; ora arranque á una cuerda una armonía, convierta una tosca piedra en animada estatua, vivifique las tablas y los lienzos con sus pinceles y sus colores; ora abra con el duro arado la tierra y la llene de flores y de frutos, y haga brotar así la vida en la naturaleza, siempre resultará que el trabajo ha borrado las distancias, ha unido las razas, y ha hermosado la tierra continuando la obra de Dios, por lo cual tiene en sí, á pesar de ser un dolor, algo de esa fuerza creadora que llenó de mundos los espacios. (*Aplausos.*)

El trabajo fué tenido por vil en los antiguos tiempos. Nuestros padres lo estimaban infame. El ocioso tan sólo se infama hoy, porque el trabajo es la ley de la civilización. Pues la Economía política enseña la naturaleza del trabajo y le señala sus verdaderos límites, y le da toda su nobleza, toda su importancia social. Ahora bien, si el trabajo ha perdido los obstáculos morales que le oponía la preocupación, ¿no superará los obstáculos materiales que le oponen los restos de la antigua servidumbre?

Sí, señores, sí; yo lo espero, yo lo espero. El mundo ha pasado de la edad de la crítica, de la edad de la demolición, y va á levantar una nueva sociedad. Dios preside este gran movimiento. La filosofía une y reconcilia el espíritu con la naturaleza, y anuncia que será eterna la alianza cristiana de Dios con el hombre. El arte cada día entona un nuevo cántico para celebrar el vencimiento de alguna resistencia por la palanca de la industria. El individuo y la sociedad se armonizan cada día más en el mútuo respeto de sus respectivos derechos. La idea de humanidad brilla sobre la frente de las generaciones que llaman á las puertas de

la vida. La Economía política promete la union de las razas en la libertad de comercio, y anuncia la paz perpétua. Las nacionalidades oprimidas se levantan. La esclavitud se acaba. Los pueblos se envían unos á otros sus pensamientos en alas de la electricidad. La negra nube que el vapor deja en el aire al cruzar los campos y los mares, lleva en su seno una lluvia de ideas. Retrocede la barbarie. Los tiranos huyen. La personalidad humana se alza coronada con la aureola que le ciñó Dios al crearla, con la aureola del derecho. Generaciones presentes, vuestros deberes son más grandes que los deberes de las generaciones pasadas. Vuestros deberes son realizar la libertad en su misteriosa trilogía. Joven generacion, si despues que se ha extinguido la Inquisicion, que se ha acabado la servidumbre, que tienes más expedito el camino para cumplir tu fin, camino regado con sangre de tus padres, te consumes en el escepticismo y en el vicio, y dejas pasar este gran momento que te ha tocado en suerte, y no concluyes tu obra providencial, merecerás el castigo de la justicia divina, y la eterna maldicion de la historia. Las nuevas generaciones están destinadas á renovar la vida, y la vida no se renueva sino con el soplo de grandes y progresivas ideas.—He dicho.
(*Prolongados aplausos.*)

